

Economía, lenguaje, conocimiento

Miguel Alfonso Martínez-Echevarría y Ortega

UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Pamplona

2010

La filosofía como terapia del lenguaje monetario

Del “sentido común” al “emotivismo moral”

En el Cambridge británico de los comienzos del siglo XX, como reacción al idealismo y al empirismo utilitarista hasta entonces dominantes, se pensó que valía la pena intentar una nueva vía de acceso a la realidad a través del lenguaje, el modo en que en el seno de una comunidad se realizaba la conexión entre las cosas y las ideas. Prestar atención a los modos que las gentes usaban la lengua para expresarse y comunicarse, analizar las distintas proposiciones lingüísticas, podía ser el camino más fiable para el acceso a la realidad.

Dentro de este marco G. E. Moore (1873-1958) se propuso reconstruir la moral a partir del significado de la expresión lingüística de “lo bueno”. Pronto llegaría la conclusión de que se trataba de algo muy difícil de definir. En su opinión, del mismo modo que no era posible precisar con exactitud que había detrás de la expresión “lo amarillo”, tampoco era posible precisar lo que había detrás de la expresión “lo bueno”. Lo más que se podía decir era que con esa expresión la gente hacía referencia a lo que a les parecía más conveniente, al menos desde el punto de vista de mayoría. Planteadas así las cosas no tiene nada de extraño de que llegara a la conclusión de que “lo bueno”, en último término, sería lo que mejor le parecía a cada uno, según sus condiciones y circunstancias.

En cualquier caso, permanecía un interrogante: ¿de donde surgía la necesidad de hablar de “lo bueno”? Para Moore la respuesta era que residía en una especie de sentimiento estético que estaba en todos los individuos, pero que se expresaba de forma diferente en cada uno de ellos. De tal modo que cada uno tendría su propia intuición de “lo bueno”. Llegado a este punto era patente que Moore había desembocado en una contradicción metodológica: si como sostenía el lenguaje común -reflejo del *common sense*- debía ser

considerado el criterio último para establecer la verdad de las cosas, como podía suceder que el concepto de bien no fuese algo compartido, sino algo idiosincrásico.

A partir de la posición de Moore, otro filósofo británico, A. J. Ayer (1910-1989) llegaría a una conclusión que se ha dado en llamar “emotivismo moral”. Si había que ser consecuente con lo establecido por Moore, no quedaba más remedio que reconocer que detrás de la expresión “lo bueno” no había ningún tipo de realidad. De tal modo que la moral -un hecho innegable- debía ser enfocada como un fenómeno de tipo psicológico o sociológico, pero de ningún modo podía ser objeto de una ciencia rigurosa. Por su propia naturaleza la moral sería el ámbito de disputas interminables, sin posibilidad alguna de llegar algún tipo de acuerdo racional. Lo cual, por otro lado, suponía dejar abierto el camino a que en el ámbito de la moral se pudiera hacer un uso sin ningún tipo de restricción de la manipulación y la persuasión. No había que poner ningún reparo a la astucia como un medio de imponer la propia opinión. Se volvía así a una posición muy parecida a la de los sofistas, con los que se había enfrentado Sócrates.

Dentro del estudio del lenguaje, el filósofo austriaco L. Wittgenstein (1889-1951), residente en Cambridge, llegaría a la conclusión de que el conocimiento de las reglas de un lenguaje no eran suficiente para entenderlo. De ningún modo un lenguaje podía ser reducido a reglas, pues ni estaban perfectamente determinadas, ni había un criterio fijo y estable a la hora de su aplicación, sino que variaban según las circunstancias, en función del contexto cultural y social de cada momento. Si esto parecía innegable, ¿de qué modo las gentes aprendían a usar las reglas del lenguaje? ¿Cómo, a pesar de esa ambigüedad intrínseca al lenguaje, lograban expresarse y ser entendidos?

La conclusión a la que llegaría Wittgenstein fue que la gente aprendía el uso de la lengua no aplicando reglas, sino mediante la práctica de la expresión vital en el seno algún tipo de comunidad. No existía por tanto una teoría general del significado de las palabras, sino que se aprendía compartiendo su uso con los demás, en el seno de una tradición cultural. Las palabras y expresiones lingüísticas venía a ser como una “caja de instrumentos” que se aprendían a manejar usándolas en una gran diversidad de circunstancias expresivas cambiantes. Para dominar un lenguaje había que sumergirse en su empleo vulgar, participar en el juego del lenguaje, para de ese modo, a través de la experiencia descubrir sus posibilidades y limitaciones, sus aspectos certeros y ambiguos. No había ninguna posibilidad de juzgar una lengua desde una especie de metalenguaje absoluto.

Del planteamiento de Wittgenstein se seguía una conclusión inmediata: no había posibilidad de lenguajes estrictamente privados. Ningún individuo, por sí mismo, podía ser capaz de establecer las reglas de un lenguaje propio y exclusivo que le permitieran ordenar y expresar de modo completo y coherente su experiencia vital. Si eso fuera así, siempre necesitaría de unas reglas para usar otras reglas, dando lugar a una regresión a infinito que haría inviable cualquier intento en este sentido. Dicho de otra manera, no sería posible la autorreferencia absoluta ni en el lenguaje ni en la acción. Nadie aislado podría llegar a entenderse plenamente.

Desde esta perspectiva, se puede entender mejor las razones del fracaso del proyecto de Moore, se había limitado a constatar que no era posible para ningún individuo establecer por sí mismo el sentido de "lo bueno". En otras palabras que nadie podía dotarse de un lenguaje moral privado.

En opinión de Wittgenstein la filosofía debía preocuparse solo de describir los hechos, sin pretender explicarlos, ni deducir nada de ellos, ya que todo estaba delante de nuestros ojos. Su tarea debería limitarse a hacer frente a las patologías provocada por el uso del lenguaje como eran los malentendidos y todo tipo de distorsiones expresivas. De tal modo que el papel de la filosofía vendría a ser algo así como una especie de terapia del lenguaje, que nunca podría ser homogénea y general, sino específica para cada situación y problema concreto.

Así, después de casi dos siglos de búsqueda ininterrumpida de un conocimiento certero e indiscutible, de modo que no cupiera duda alguna sobre el objeto del conocimiento -que había sido el objetivo de la filosofía de Descartes- se llegaba a la conclusión de que para la comprensión propia y ajena había que apoyarse en un trasfondo -que se suele dar por descontado- pero que no puede ser completamente explicado.

La economía como una forma de lenguaje

La producción monetaria

Influido por el ambiente intelectual del Cambridge de su tiempo, J M Keynes (1883-1946) acabaría por plantearse la economía como una terapia de esa especie de lenguaje que es el uso colectivo de la moneda. De modo más concreto, el objeto de la economía debía ser resolver los problemas concretos que se le plantean a una sociedad como consecuencia del uso de la moneda, por ejemplo, para la sociedad británica de los años treinta, resolver los problemas de depresión y desempleo generados por la vuelta al patrón oro, después de los años de guerra, en los que se había relajado la disciplina monetaria.

Cuando Keynes quiso se propuso dar solución a esos problemas, armado con los instrumentos teóricos elaborados por Ricardo, Mill y Marshall, se dio cuenta de que algo muy importante fallaba en ese modo de entender la economía. En su opinión esas teorías, que daban fundamento a las políticas del "laissez faire", partían de unos supuestos de comportamiento social que consideraba simplemente falsos.

La sociedad británica de su tiempo era una realidad muy distinta a los supuestos sociales y políticos que estaban debajo de esas teorías. Por lo pronto no estaba compuesta de individuos iguales que disponían de una "libertad natural" para llevar adelante sus propios planes económicos. Ni tampoco existía algo así como un pacto social para respetar unos supuestos derechos perpetuos a los poseedores. Era sencillamente falso que el interés particular coincidiese siempre con el general, así como que el interés particular fuese siempre racional e inteligente. No había ningún argumento sólido para seguir sosteniendo que toda intervención del Estado en la marcha de la economía era en principio generalmente superflua y en la mayoría de los casos perjudicial.

Este modo de pensar era debido a que desde hacía mucho tiempo, por razones muy diversas, la economía había sido planteada en el plano del intercambio y el consumo. Se partía del supuesto de que unos individuos homogéneos, libres e iguales, que llevaban a cabo intercambios en un entorno de información perfecta, conociendo perfectamente tanto sus necesidades como de los precios del mercado, por lo que siempre serían capaces de alcanzar un máximo de satisfacción. De acuerdo con este enfoque la moneda tendría como única función ser medio de cambio, facilitar la transacción, siendo “neutral”, en el sentido de que en ningún caso perturbaría la perfecta información de los individuos. En conclusión, se había elaborado una economía bajo el supuesto de una sociedad transparente, con información perfecta -gratuita e instantánea- donde la producción ya habría sido realizada, en la que la moneda sería “neutral”, donde, en consecuencia, siempre sería posible alcanzar una situación de equilibrio con pleno empleo de todos los recursos disponibles.

La propuesta de Keynes fue construir la economía a partir de supuestos muy distintos. La base de su planteamiento era que el deseo de tener más, en términos monetarios, o dicho de otro modo, el deseo de la ganancia monetaria era el elemento central y dinamizador de la economía capitalista de su tiempo. Puesto que esto era así, el foco de atención había que ponerlo en las decisiones de producción, o mejor dicho de inversión, no en las decisiones de consumo o de intercambio, como se venía haciendo hasta entonces.

La producción capitalista, orientada al logro incierto y arriesgado de la ganancia monetaria, solo podía ser llevada a cabo mediante un uso generalizado de la moneda. Luego, bajo ningún aspecto podría ser considerada desde un enfoque individualista, por el mismo hecho de usar la moneda se trataba de un proceso en el que estaba implicada la totalidad de la sociedad.

El logro de una ganancia monetaria futura implicaba poner en marcha un proceso de flujos y reflujos monetarios cuyo resultado era necesariamente incierto y arriesgado, dicho de otro modo, de ningún modo se podía dar por supuesto que la producción se llevaba a cabo en un entorno de información perfecta. Solo mediante el recurso a la moneda, convertida en un complejo torbellino de creación y anulación de deudas, era posible salvar el arriesgado abismo de incertidumbre que separa el presente del futuro, en que se basa una economía de producción.

La razón de esa incertidumbre radicaba en el hecho mismo de la interacción humana, en la innegable realidad de que la expresión de una voluntad, de un proyecto de acción, siempre resulta opaca desde el punto de vista de cualquier otra voluntad. Dicho de otro modo, cada actor se enfrenta con otro actor al que no puede comprender del mismo modo que cree comprenderse a sí mismo. Vistas así las cosas, de ningún modo las variables de decisión de este tipo de economía podían ser reducidas a sucesos naturales objetivos. En términos formales, eso quería decir que la incertidumbre resultante de la interacción de una multitud de individuos no era estocástica sino estratégica, o lo que es lo mismo, nunca podría ser representada por una distribución objetiva de probabilidades.

Para Keynes la economía no podía ser planteada como una teoría de la elección racional entre bienes escasos, por parte de individuos con información perfecta. En su opinión, se parecía mucho más a una apuesta vital por el logro de una ganancia monetaria incierta y arriesgada, por parte de unos pocos agentes sociales –empresarios y especuladores- que con esa finalidad desataban una actividad que ponía en juego la riqueza y la seguridad de todos.

En la economía capitalista los individuos no eran iguales ni homogéneos, sino que había una asimetría entre ellos en la información, unida a una desigualdad en la distribución de poder y riqueza, así como a una diversidad de funciones sociales. Más en concreto, para el estudio de la economía bastaría con prestar atención a tres grandes actores: los empresarios, los especuladores, y el gobierno. Los empresarios toman la decisión de invertir y se encargan de llevar adelante el proceso físico de producción, que por su propia naturaleza es irreversible. Los especuladores, se encargan de llevar adelante la financiación de la producción. El gobierno, mediante los impuestos y el control de la moneda y el crédito, se encarga conseguir los recursos para su propia financiación y mantener un cierto nivel de consistencia social.

Fuera de estos tres grandes grupos, relativamente reducidos, que tienen la condición de actores principales de la economía, estarían el gran grupo de trabajadores y consumidores, la mayoría de la población, que asisten como simples espectadores, para bien o para mal, del acierto o error de las decisiones que tomen los tres actores principales. El gran público constituye una masa con una información muy reducida, que se mueve por estados de opinión, que tan pronto se siente impulsada a la euforia y al consumo excesivo, como al temor, a la depresión y al atesoramiento. En cualquier caso nunca toma la iniciativa de los procesos sociales, sino que se limita a desencadenar movimientos reactivos y de algún modo caóticos.

Cada uno de los tres actores principales tiene un tipo de conocimiento teórico y un tipo de conducta práctica. Así el empresario dispone de un conocimiento relativo al comportamiento de los precios y la tecnología y se supone que sigue una conducta de maximización bajo restricción. En función de sus expectativas, no de un cálculo racional, toma la decisión de llevar adelante la inversión. Una decisión con la que, a través del recurso al crédito, desata un flujo de ingresos y gastos monetarios de los que espera obtener un reflujo que le deje un beneficio.

El especulador dispone de un conocimiento relativo a las expectativas y a la evolución de los tipos de interés. Su conducta consiste en obtener beneficio jugando contra la opinión promedio. Sabe que la producción capitalista es una operación compleja e incierta, de tal modo que no se puede asegurar que la moneda se comporte de modo neutral, ya que su valor depende del éxito o el fracaso de los proyectos de los empresarios.

El gobierno, según Keynes, no debía asistir impávido a la pugna entre los empresarios y especuladores, sino que debía de manejar la cantidad de moneda y los impuestos con vistas a mantener la cohesión social, para de ese modo proteger a los trabajadores y consumidores de las crisis provocadas por el descontrol de esa pugna entre empresarios y especuladores.

La marcha de una economía estructurada de ese modo depende de su capacidad para mantener una “demanda efectiva”, expresión monetaria de la decisión de inversión, que depende de los empresarios, así como por la decisión de proporcionar la financiación necesaria, que depende de los especuladores. Ese tipo de demanda es la que da lugar a los ingresos monetarios de los factores de producción, de modo especial a los salarios, que al ser convertidos en consumo o en ahorro, cierran con mayor o menor éxito el ciclo de la producción monetaria. Se trata de una demanda que es al mismo tiempo monetaria y real, que determina tanto el ingreso monetario total de la sociedad, como nivel total de empleo, así como el nivel de producción total resultante.

Puesto que la generación de la demanda efectiva de la economía se determina a partir de un conjunto de decisiones autónomas y con una incertidumbre intrínseca al mismo proceso que la desencadena, de ningún modo se puede asegurar que esa demanda alcance el volumen suficiente para garantizar el pleno empleo de los recursos disponibles.

Este modo de entender la economía como un proceso monetario dinámico, resultaba incompatible con la idea de equilibrio y estabilidad. Para Keynes en el seno mismo del proceso de la producción crematística residía una patología que necesitaba ser limitada desde fuera.

La naturaleza del problema económico revela una dualidad de pasiones, de un lado la pasión ligada a la necesidad de las riquezas reales, que son limitadas en sí mismas, de otro lado la pasión por la riqueza monetaria que, por ser ilimitada, con facilidad cae en la inmoralidad y la barbarie. Es esta última pasión ilimitada la que da su forma propia a la economía de la producción, la que desata la pasión por el enriquecimiento monetario, que por su propia naturaleza crea insatisfacción precisamente en los que pronto logran satisfacer unas supuestas necesidades limitadas, que en seguida se les revelan como insuficientes. Esta misma irregularidad o ilusión en la expresión monetaria de las necesidades, es lo que gran facilidad provoca las crisis económicas. Ni el individualismo liberal ni el socialismo colectivista se habían dado cuenta de ese problema. Parecían ignorar el hecho de que el enriquecimiento real de algún modo siempre ha estado envuelto por la pasión por la moneda, en el cual reside la raíz de la patología de la producción capitalista, cuyo síntoma casi inevitable es la generación del desempleo.

La postura de Keynes era que a pesar de todo la pasión por la moneda no destruiría la vida política, como habían pensado Aristóteles y Marx, sino que constituía un resorte necesario. Por eso, la pasión por la moneda compensada por la acción del Estado constituían los dos ejes alrededor de los cuales Keynes construirá su concepción política de las sociedades capitalistas. En su opinión, el consumo y la inversión debían ser mantenidos por el Estado para evitar el fenómeno del desempleo involuntario, desconocido hasta entonces por el enfoque tradicional de la economía.

Economía, persuasión y opinión pública

La economía era, para Keynes, una realidad extraordinariamente compleja, construida sobre una creencia socialmente compartida, que carecía de un fundamento racional. En su

opinión, no podía ser ni una máquina perfecta, como había pensado Ricardo, ni un sistema condenado a un colapso inevitable, como había pensado Marx, sino un proceso inestable e inseguro, necesitado de una continua terapia para impedir que colapsara.

Esta visión de la economía tiene mucho que ver con el escepticismo de Hume, al que Keynes se iría aproximado a lo largo de su vida. Si el conocimiento era algo incierto, mera opinión, y son las pasiones las que guían la acción humana, solo las costumbres, los prejuicios y las rutinas podrían estar detrás del relativo orden y estabilidad de la sociedad.

Mientras el público mantuviese la inexplicable creencia de que mañana sucederá lo mismo que ayer, la estabilidad del orden social se mantendría y la economía funcionaría con normalidad, pero en el momento en que por algún motivo esa creencia se debilitase o desapareciera, surgiría la inestabilidad social y la crisis económica, en tal caso habría que intervenir para salir de esa situación. Ahora bien, como debajo de la creencia social no hay realidad alcanzable de modo racional, habría que acudir a la persuasión o la manipulación, a imponer la creencia más conveniente a los intereses de los que tuvieran el poder suficiente para llevar a cabo esa manipulación.

Desde este punto de vista la ciencia de la economía solo podía ser un medio de persuasión, una “caja de instrumentos” con los que manipular las situaciones sociales para evitar conflictos y desajustes, con lo que llevar adelante una terapia para hacer frente a las inevitables patologías de un lenguaje monetario mediante el cual se expresaba un complejo entramado de pasiones y ambiciones. Los economistas deberían comportarse como “terapeutas sociales” que dotados de una “caja de herramientas” -conjunto de fórmulas operativas- pudieran dar solución a ese tipo de patologías.

Para Keynes, el complejo mundo del lenguaje de la economía no se podía reducir a un conjunto de reglas, a una teoría universal y estable, una especie de metalenguaje, a partir del cual mediante el cálculo y la deducción rigurosa se pudieran preveer y resolver todo tipo de problemas y dificultades. Las reglas de la economía –como las del lenguaje- se aprendían sumergiéndose en la resolución de los siempre imprevisibles problemas que plantea la interacción de las voluntades humanas. Eso exigía apoyarse en la intuición, más que el razonamiento deductivo y abstracto. Había que recurrir a analogías, metáforas y parábolas, como el modo más apropiado de describir algo que en sí mismo hace referencia a los no expresable. No quedaba más remedio que hacer conjeturar sobre las complejas causas de lo que estaba sucediendo en cada momento, trazar esbozos de cómo podían funcionar las cosas, que aunque no se pudieran formalizar completamente, podrían ayudar a superar los síntomas más graves.

Eso explica que Keynes no tuviera inconveniente en recurrir a imágenes como los *animals spirits*, modo de designar la energía mental y las fuerzas vitales, que la antigua medicina de Galeno empleaba para explicar la capacidad de recuperación de los organismos. Una expresión que aunque no fuese plenamente racional, tampoco se debía considerar completamente irracional.

En su opinión, un lamentable error del pensamiento moderno había sido sustituir las leyes naturales por las leyes de lógica, confundiendo de ese modo dos tipos distintos de necesidad. Eso explicaba que la ciencia moderna se hubiera propuesto como objetivo descubrir las leyes lógicas que supuestamente estarían debajo de las leyes de la naturaleza, pues de ese modo la causación natural sería previsible o calculable. Había llegado el momento de reconocer que no existía una correspondencia biunívoca entre los hechos y la ideas, entre las cosas y las palabras.

En el caso mucho más complejo de lo social y económico, esa asimilación era todavía más rechazable; en sus causas estaba implícita una incertidumbre intratable desde el punto de vista lógico, en realidad se trataba de un verdadero torbellino de causas que se entrelazaban de modo tan extraordinariamente complejo que resultaba imposibles analizarlas hasta sus partes más simples. Solo la intuición podía ser capaz de acceder a un cierto conocimiento aproximado de la realidad. Por eso había que hacer algo parecido a la visión del artista que comparando similitudes y diferencias puede llegar a descubrir las claves del sentido de la belleza. Para Keynes, toda ciencia, pero de modo especial la economía, debería ser construida a partir de un conjunto de analogías, intuiciones y visiones *ad hoc*.

Un economista no debía pretender abarcar la totalidad de la dinámica del proceso económico, llegar a entender sus causas últimas y más simples, le bastaba con tener una intuición de lo que podía estar sucediendo debajo de los problemas más acuciantes, detectar podían las causas más inmediatas de los síntomas, como el desempleo y la recesión, que amenazaban una situación de bienestar para todos. La tarea del economista debía ser lo más parecida a la de un fontanero, arreglar un problema local, un atasco, o una fuga, sin pretender una visión completa del funcionamiento de la red general de distribución de agua de toda la ciudad.

En cuanto terapeuta social era muy importante que los argumentos de los economistas resultasen accesibles y convincentes a la mayoría del público, pues la eficacia en la solución a los problemas con los que se enfrentaba dependía del impacto de sus argumentos sobre la opinión pública. El economista debería emplear los medios públicos de comunicación - prensa escrita y radio- para difundir sus fórmulas y soluciones -como haría el mismo Keynes a los largo de toda su vida- pues de su capacidad de persuasión y manipulación dependían las creencias o estados de opinión del público, fundamento último de la terapia aplicada. Más que sólidos razonamientos deductivos, que no eran posibles, se debía valer de imágenes que cautivaran la imaginación y sentimientos del público.

La raíz de la patología monetaria

En el esquema de la economía tal como la había planteado Ricardo, el tipo de interés era el mecanismo encargado de reestablecer la igualdad entre el horro y la inversión. El ahorro, considerado la parte no consumida de la producción anteriormente realizada -cantidad de bienes reales- a través de un tipo de interés real se convertía en la inversión real efectivamente realizada. De ese modo quedaba asegurada el perfecto equilibrio entre la oferta y la demanda totales.

El tipo de interés venía determinado por el enfrentamiento de la oferta de ahorro con la demanda de inversión. Se trataba de un mecanismo planteado en términos de trueque entre bienes reales, de tal modo que la moneda se limitaba a la función de numerario de unas magnitudes establecidas en términos reales. No desempeñaba papel alguno en la determinación del producto, del empleo, la inversión y los precios. Se la consideraba “neutral” a largo plazo, que era lo mismo que declararla superflua o redundante.

Para Keynes ese planteamiento era inconsecuente desde el punto de vista lógico. No podía suceder que el nivel de inversión viniera determinado por el tipo de interés, al tiempo que éste último quedara determinado por igualdad entre el ahorro y la inversión. No podía suceder que el tipo de interés determinase la inversión y viceversa. Había que buscar una explicación más convincente de cómo se formaba el tipo de interés en una economía de producción monetaria, pues se trataba de una variable decisiva para el comportamiento de la demanda efectiva y, en consecuencia, para determinar el nivel de producción y empleo de la economía.

Para Keynes no era el tipo de interés el que controlaba la marcha de la economía, sino al revés, la marcha de la economía daba lugar al tipo de interés. De modo muy parecido a los medievales, sostenía que el tipo de interés era un fenómeno esencialmente monetario, unido a los deseos y convenciones humanas.

Este planteamiento obligaría a Keynes a potenciar el desarrollo de los mercados monetarios y financieros que hasta entonces habían permanecido anquilosados. Su tema principal de estudio sería la formación del tipo de interés, en términos monetarios, por enfrentamiento entre la oferta y la demanda de medios de financiación, llevada a cabo por medio del torbellino de decisiones de los especuladores –bancos y Bolsa- dependientes en último término de la marcha del mercado de bienes, de las decisiones de los empresarios que a su vez y para mayor complejidad dependían de la marcha de los mercados financieros.

La estructura del mercado monetario era por tanto un entramado horizontal y vertical de deudas y créditos, relaciones contractuales y de otro tipo, entre empresas y bancos comerciales, y entre estos últimos con las familias y con el banco central. Debajo de la cual actuaba un complejo y frágil proceso dual moneda-bienes responsable de la indeterminación que ocupaba el centro mismo de la economía capitalista.

En otras palabras, en el núcleo mismo de la economía de producción monetaria, habría un auténtico torbellino de decisiones autónomas tomadas en incertidumbre, por unos actores que solo disponen de una visión transversal y muy limitada de ese fenómeno tan extraordinariamente complejo. El éxito de la decisión de inversión de los empresarios dependía de la buena marcha del mercado monetario, algo que estaba mucho más allá de la capacidad de previsión de los empresarios.

Las decisiones de inversión, respaldadas por los créditos de los bancos, daban lugar al flujo de los salarios, que convertidos en bienes o depósitos bancarios, cerraban el flujo circular de conversión de lo monetario en real y viceversa. De tal modo que la “demanda efectiva”, por un lado era expresión contable -en unidades monetarias- de la capacidad de producción de

la sociedad, al tiempo, que por otro lado, era expresión de la capacidad adquisitiva de la moneda, es decir, en términos de productos reales.

La producción tiene por tanto una dimensión monetaria, en forma de creación de deuda respaldada por una apuesta de futuro, junto a una dimensión real, en forma de productos puestos en el mercado, que en la medida en que son vendidos –dando lugar a una entrada de ingresos monetarios para la empresa- permite ir cancelando la deuda contraída inicialmente. La diferencia entre lo invertido y lo recuperado da lugar a un beneficio o una pérdida. Sin esta continua creación y destrucción de deuda no podía ser llevada adelante la producción capitalista, que por su propia incertidumbre y riesgo, tampoco sería posible sin la existencia del sistema financiero, cuya función es precisamente jugar contra la no-neutralidad de la moneda.

Entre la decisión de inversión -creación de deuda- y la realización de beneficios o pérdidas -cancelación o no de la deuda- se desarrollaba un complejo proceso social, con un alto grado de incertidumbre y riesgo, que hacía imposible establecer relación simultánea y reversible entre el ahorro y la inversión. Era por tanto imposible pretender determinar el tipo de interés desde el supuesto de una moneda neutral.

Se puede decir que con Keynes se iniciaría el estudio de los mercados monetarios y de modo especial el estudio de la formación de la demanda de moneda. Un problema nada sencillo ya que lo que caracteriza el capitalismo monetario es el cambio continuo en la estructura de los balances de los bancos y de las empresas, que están relacionados entre sí, formando una compleja maraña de decisiones de financiación, de compra y ventas de activos y bienes, que se afectan mutuamente de modo incierto.

Un complejo entramado de deudas, nominadas en unidades monetarias, que solo se pueden redimir en moneda, que se distiende en el tiempo y puede ser afectado por acciones y reacciones imprevisibles. Cualquier cambio en las expectativas del público puede repercutir en la capacidad de las empresas para recuperar la inversión, o en la capacidad de los bancos para seguir concediendo crédito.

Los balances de las empresas, financieras o no, están compuestos de una diversidad de activos, unos más líquidos que otros, que no cesan de diversificarse, para poder hacer frente a la siempre incierta coordinación de los flujos monetarios de entrada y salida, con vistas a una ganancia especulativa, o por lo menos sin costes excesivos. Con esa finalidad –asegurar la liquidez necesaria- surgieron los mercados financieros donde se especula, se compran y venden todo tipo de activos financieros de empresas y bancos, y son muy sensibles a expectativas ciertas o no.

La moneda, alrededor del cual se constituyen los mercados financieros, es una mercancía muy especial. Su demanda está sometido a motivos muy distintos, por un lado está ligada a la pasión por la ganancia ilimitada y es empleada para especular contra la expectativa promedio, por otro lado el mismo hecho de su liquidez la constituye como garantía por excelencia para hacer frente a los imprevistos, finalmente resulta imprescindible para la continua transacción que hace posible la producción. En consecuencia su demanda depende

del volumen de los flujos monetarios, del tipo de interés, del precio esperado de todo tipo de activos, de la precaución adoptada respecto de los compromisos a plazo fijo, etc.

Los mercados financieros llevan a cabo una continua evaluación de las inversiones en curso. Cada día se evalúan de forma más o menos aleatoria los rendimientos esperados de todas las empresas que cotizan, lo cual crea la posibilidad de ganancias monetarias especulativas que reportan ventajas a individuos concretos, pero no desde el punto de vista de la comunidad como un todo, sino más bien al contrario, ya que pueden hacer más insegura la marcha de las inversiones reales. Una variación de los precios de los activos financieros, provocada por razones de pura especulación, puede afectar al valor de los activos físicos reales invertidos, y cambiar el valor esperado de los flujos de caja, lo cual puede facilitar o poner en graves dificultades a la inversión comprometida e irreversible. Si no se imponen restricciones institucionales en esos mercados se acabara por imponer la psicología del especulador sobre la del empresario.

Para Keynes un especulador financiero no constituye un gran peligro, si no es más que una burbuja sobre una corriente densa y estable de empresas, pero puede llegar a ser una grave amenaza si la situación se invirtiese, y fuese la empresa la que pasara a ser una burbuja en medio de un torbellino de especulaciones financieras. En tal caso -sostenía Keynes- el desarrollo del capital del un país sería algo así como un subproducto de las actividades de un casino.

En este contexto de incertidumbre las decisiones sobre el modo de financiar las inversiones se habían convertido en el corazón de la economía. La preocupación de todos, pero especialmente de los empresarios, era prestar continua atención a la liquidez y solvencia de la moneda, y en general a todos los aspectos que de un modo u otro pudieran afectar a los costes de financiación. Todos trataban de adivinar de qué modo podrían hacer frente, con el menor coste, a los compromisos financieros que se ven obligados contraer para llevar adelante sus proyectos de producción.

La incertidumbre empapaba la totalidad de la economía, un rasgo propio e inseparable de un sistema donde millares de individuos tomaban continuas decisiones de forma descentralizada sobre el modo de invertir y financiar la producción y donde los efectos de esas decisiones se entrelazan y tardan tiempo en manifestarse en toda su plenitud. No solo cada uno de esos individuos se siente inseguros a la hora de decidir, sino que saben que su incertidumbre depende de la marchas de las decisiones que tomen los restantes individuos. Lo común a todas esas decisiones es que son estimaciones inciertas realizadas en términos monetarios. En un marco como ese es absurdo sostener que la moneda pueda ser neutral.

La crítica de Keynes no solo apuntaba a la teoría del tipo de interés, sino también la teoría del valor. En su opinión los economista clásicos se habían equivocado al considerar que el valor tenía que ser una magnitud cierta objetiva y medible. En su opinión el valor estaba intrínsecamente relacionado con lo probable o incierto, con el entramado de relaciones sociales que se registra en el debe y haber de sus balances. No había una sola y perfecta medida de valor, sino muchas y cambiantes. Como había dicho Aristóteles, los precios relativos son por principio indeterminados. No hay posibilidad de una genuina y real

comensurabilidad entre cosas ya que por naturaleza son distintas. De tal modo que lo que posibilita los intercambios entre ellas no es una subyacente realidad objetiva, sino convenciones con fines prácticos, que no se refieren a una unidad objetiva fija y estable, sino al modo de satisfacer la necesidad común. Keynes daba la razón a los antiguo y medievales cuando afirmaban que la economía por su propia naturaleza era algo indeterminado, y no podía ser objeto de conocimiento científico. La comensurabilidad estricta no es aplicable a una economía monetaria.

La socialización de la economía

Desde el punto de vista de la teoría “clásica” la economía era un sistema que se regulaba por sí mismo, donde el tipo de interés real se encargaba de que el ahorro disponible coincidiese con la inversión, de modo que siempre sería posible alcanzar una situación de equilibrio con pleno empleo. Si eso no sucedía sería debido a una perturbación monetaria transitoria, pero a largo plazo la moneda siempre sería “neutral”, y más tarde o más temprano se produciría una variación en los precios y salarios, de modo que la inversión volvería a su nivel de pleno empleo.

Para Keynes las cosas funcionaban de un modo muy distinto, la economía era un sistema muy inestable, donde con buenas expectativas el deseo de ganancia monetaria llevaba la inversión más allá de lo conveniente, provocando una expansión excesiva del crédito, que podía generar inflación, provocar un retraso en las cancelación de las deudas, para acabar por generar una crisis de inestabilidad. Además la eficiencia marginal del capital decrecía con su acumulación, por lo que la inversión tendía a paralizarse antes de alcanzar el nivel de pleno empleo. Por otro lado, cuando por fin se desataba la crisis, entonces el deseo de no perder lo conseguido, empujaba a frenar la inversión con lo que se provocaba un ahorro excesivo, dando lugar a la depresión y el desempleo. En esa situación la gente tendía a buscar refugio en la liquidez de la moneda, como garantía ante la incertidumbre, provocando la “paradoja del ahorro”: la destrucción de riqueza. Siempre que dejaba de haber creación de endeudamiento productivo, la moneda perdía valor y dejaba de ser garantía frente a un porvenir incierto. Acumular moneda podía tener sentido para un individuo, pero no para la totalidad de la sociedad, ya que la moneda necesitaba estar respaldada por el proceso social de la inversión, por el éxito en la producción de bienes reales.

La economía tenía un comportamiento cíclico debido a que por su propio modo de funcionar generaba fuerzas que provocaban su inestabilidad. Se necesitaba por tanto de una planificación y continua intervención con el fin de contrarrestar estas tendencias patológicas. No se podía seguir el principio del “laissez faire” como fundamento de la buena marcha de la economía de un país. Debajo de la economía no había un sistema real objetivo, independiente de las decisiones del público, que la controlaba y regulaba, sino de un torbellino complejo que dependía de la siempre inestable psicología social.

Los individuos no seguían siempre una conducta racional, ni si había desempleo era porque así lo decidían. Para Keynes el desempleo era la prueba más contundente de que la economía no estaba regida por las decisiones de individuos que seguían supuestas

conductas racionales. No había que echar la culpa a los obreros, ni a los empresarios, sino a los rentistas que con su miopía provocaban la ruptura de los procesos de inversión antes de tiempo.

Si ante las patologías de la economía no se hacía nada, el sistema se desestabilizaría todavía más creando desajustes y mayor incertidumbre. ¿Qué se podía hacer para que la economía pudiera crecer con una cierta estabilidad y en un buen nivel de empleo?

La propuesta de Keynes consistía en llevar adelante un programa institucional con tres objetivos. Un programa de inversión pública, no necesariamente estatal, no movido por el logro de una ganancia monetaria privada e inmediata. Una política fiscal de redistribución de la renta de modo que se incrementara la propensión marginal al consumo. Una política monetaria orientada a mantener bajo el tipo de interés para evitar el provecho de especuladores y rentistas.

Según Keynes la socialización de la inversión era una dimensión inseparable de la economía de producción monetaria. Cosa patente si se observaba la evolución de la empresa moderna. Las pequeñas empresas individualistas habían sido desplazadas por grandes corporaciones con multitud de accionistas, empleados, proveedores, etc. Se habían convertido en organizaciones cada vez más grandes, más complejas y con mayor poder de mercado, e implicaban un número creciente de personas. Luchaban por controlar la totalidad del mercado, por lograr un monopolio que les asegurara la recuperación de sus inversiones. Sus necesidades de financiación no habían parado de crecer, y se había producido una drástica separación entre la propiedad, convertida en anónima, y la dirección, cada vez más compleja y asalariada. Las necesidades de financiación habían impuesto sus leyes sobre el modo de llevar adelante la producción.

Se trataba de desarrollar instituciones parecidas al Banco de Inglaterra o las universidades de Oxford y Cambridge, con autonomía frente a los gobiernos, gobernadas por personas con un alto sentido del interés público que se encargaran de corregir las posibles patologías de unas decisiones de inversión muy influidas por las inevitables convulsiones del sistema financiero.

Esperar que la economía británica se recuperase por sí misma, confiando en sus mecanismos de autorregulación, era no sólo una pérdida de tiempo, sino un motivo de sufrimiento para mucha gente, especialmente para los más débiles. No sin cierta ironía, al final de su famosa parábola de los cultivadores de plátanos, con la que Keynes expuso a los directivos del banco de Inglaterra las posibles soluciones a la depresión, sostenía que una de ellas era la de no hacer nada, y esperar hasta que todos los cultivadores de plátanos muriesen, con lo que efectivamente habría desaparecido el problema.

Subjetividad, conocimiento y equilibrio

Del idealismo al neopositivismo

En el ámbito germánico la reacción contra el idealismo se manifestaría en el empeño por superar la distinción entre la experiencia de un hecho y el hecho mismo, en otras palabras, de dar por superado, de una vez por todas, el problema metafísico de la formación del objeto.

Una vez que se lograra suprimir esa distinción solo existiría lo empírico, de tal modo que el conocimiento científico quedaría reducido a ordenar la experiencia según un criterio de economía, es decir, con vistas a permitir explicaciones que tuviesen la mayor simplicidad estructural posible, junto a la mayor eficacia demostrativa posible. Esta sería la postura básica del *empiriocriticismo* que sostenía que solo mediante una crítica continua al modo de ordenar la experiencia se podría asegurar la construcción de una ciencia realmente empírica.

Construir una ciencia sería lo mismo que construir un lenguaje -solo que más preciso que el vulgar- destinado a ordenar, transmitir y fijar un determinado tipo de experiencia en la memoria colectiva de los que se dedicaban a su elaboración. Esa sería la tarea exclusiva de la comunidad de los que se dedicasen al cultivo de cada ciencia, que nunca podría darse por concluida, ya que nunca sería posible alcanzar una ordenación definitiva y completa de toda la experiencia.

Para llevar adelante esa tarea no haría falta suponer la existencia de una realidad ontológica, de una verdad objetiva y absoluta que estaría debajo de la experiencia, sino que bastaba con atenerse a aquellos aspectos de la experiencia que eran importantes para el progreso y bienestar de la especie humana. En este sentido, solo sería conocimiento científico todo lo que fuera útil para los hombres, como ayudar a prevenir los terremotos, las epidemias, mejorar los alimentos, encontrar nuevas fuentes de energía, etc. En otras palabras, todo lo que impulsara la potencia operativa de la conducta humana, lo que permitiera un mayor control sobre el entorno.

Pronto se pondría de manifiesto el punto débil del *empiriocriticismo*: ¿Era posible ordenar la experiencia solo con referencia a ella misma? ¿Cabía experiencia separada de un sujeto? La dificultad de responder a estas preguntas llevaría el *empiriocriticismo* a una crisis de la que saldría gracias a otra crisis, la que casi al mismo tiempo se había planteado en el seno de la teoría kantiana de la ciencia.

Como consecuencia de la crítica positivista, hacia tiempo que entre los continuadores del pensamiento kantiano se pensaba que conceptos tales como “la cosa en sí”, o ideas como los “juicios sintéticos a priori”, en cuanto abstractas y no observables, debían ser excluidas del lenguaje científico. De tal modo que pronto se llegaría a la conclusión que para la constitución del objeto de conocimiento científico solo se podía recurrir al formalismo lógico. Resultaba así que en poco tiempo la teoría de la ciencia que Kant había pretendido fundar en la experiencia, había venido a desembocar en lo que se podría llamarse un “idealismo lógico”, según el cual construir una ciencia sería lo mismo que llevar a cabo una crítica de los procesos lógicos de construcción de su objeto propio. Un planeamiento que presentaba una

grave dificultad ¿Se podía seguir llamando conocimiento científico al que solo se apoyaba en la pura lógica?

Para salir de esa situación tan comprometida pronto se llegaría a la conclusión de que lo ideal era adoptar que una postura intermedia entre el *empiriocriticismo* y el “idealismo lógico”, ni pura experiencia ni pura lógica, un modo de resolver la crisis que afectaba a ambas posturas. Esto daría lugar a una nueva postura llamada “positivismo lógico” o “neopositivismo”, según la cual el fundamento último del rigor de cualquier ciencia debía residir en su capacidad para superar la crítica a la consistencia lógica en el modo de ordenar la experiencia. A partir de ese momento, la lógica matemática más abstracta, pasaría a constituirse en el fundamento último de todo tipo de conocimiento que quisiera llamarse científico.

El “positivismo lógico” fue obra de los miembros del llamado “círculo de Viena”, para los que de ningún modo se debía aceptar como científicas afirmaciones que fuesen más allá de toda experiencia, que remitiesen a lo que consideraban un mundo extralingüístico. Desde ese punto de vista, la filosofía debería quedar reducida a la crítica de los procesos científicos, erigirse en una especie de *metaciencia* encargada de garantizar la legitimidad de todos los procesos de elaboración de resultados científicos.

La espontaneidad del orden del mercado

En la misma Viena en la que se desarrollaba la filosofía neopositivista, L. von Mises (1881-1973) buscaba el modo de dotar de un más sólido fundamento a las tesis subjetivistas de la economía, tal como las había planteado Menger.

Weber había criticado a los historicistas por negarse a reconocer que las observaciones de la realidad no podían ser llevadas a cabo sin algún tipo de apoyo teórico. En su opinión todas las ciencias sociales, desde la historia hasta la economía, usaban el mismo método, es decir, se veían obligadas a la construcción de tipos ideales que permitían definir tanto el objeto como el modo de enfocar la investigación. Mises, aunque estaba de acuerdo con Weber en la necesidad de recurrir a la construcción de tipos ideales en el estudio de la historia, sostenía que no eran necesarios para el estudio de la economía. Pensaba -como Menger- que la economía era una ciencia social nemotécnica, es decir, cuyas conclusiones era deducible a partir de leyes universales. Estaba convencido de que, en general, la acción humana podía ser estudiada, tanto desde el punto de vista histórico, como desde un enfoque puramente teórico, sin tener que recurrir a la construcción de tipos ideales.

El concepto de acción humana constituía -para Mises- el axioma de partida de la *praxeología*, o ciencia teórica de la acción humana. Un concepto en el que por definición estaba incluido el hecho de economizar medios disponibles, pero escasos, con vistas al logro de un fin alcanzable. En su opinión los hombres se veían obligados a actuar -a economizar los medios disponibles- a causa de vivir en un mundo de escasez y privación, por lo que están continuamente impulsados a mejorar su condición, o por lo menos a hacer lo posible para salir de una situación de carestía. Como seres que piensan y actúan, los hombres captan

de modo natural el concepto de acción, del que resulta inseparable la experiencia del valor, la riqueza, el cambio, el precio y el coste.

Todos estos conceptos y experiencias constituían para cada hombre unos principios ciertos, objetivos y apodícticos, anteriores a toda experiencia, algo así como una especie de a priori de la mente humana, que desempeñaban en el plano de la acción un papel muy parecido a los principios de la lógica demostrativa en el plano del pensamiento abstracto. A partir de ellos sería posible construir una teoría general de la acción, una *praxeología*, algo así como una lógica para decidir entre medios alternativos con vistas a fines subjetivos. Aunque sus conclusiones se alcanzarían por vía deductiva y tendrían el mismo rigor que las de la lógica demostrativa, no sería asimilable ni a una teoría, ni una práctica, sino a algo que sería ambas cosas a la vez. A diferencia de la lógica no se aplicaría a abstracciones, sino a situaciones concretas, no se desenvolvía fuera del tiempo, sino en las condiciones concretas de cada momento.

A diferencia de la historia, que se limita a realizar conjeturas lógicas sobre las posibles causas de lo sucedido, la *praxeología* estudia la acción concreta con anterioridad a su realización efectiva. Empleando la terminología kantiana, se podría decir que sus conclusiones serían una especie de proposiciones sintéticas a priori.

Para Mises había que distinguir entre la *praxeología*, que tenía como objeto la acción humana en general, y la *cataláctica* que se ocupaba de la lógica de elección en los intercambios realizados a través de la moneda. Está última sería la economía propiamente dicha, que se limitaba a establecer la consistencia de los intercambios con los principios lógicos de la *praxeología*, sin necesidad para ello de anclaje alguno con en la realidad externa

La idea central del planteamiento de Mises era que la acción humana, con independencia de sus motivaciones, tenía una estructura de medios y fines, de tal modo que por si misma tenía naturaleza intencional o racional. Algo que resultaba incompatible con los supuestos del neopositivismo que se desarrollaban en la Viena de su tiempo. Según esos supuestos toda proposición científica solo podía ser analítica o sintética; pero puesto que las primeras estaban vacías empíricamente, su validez científica dependían en último término de algún tipo de contraste con la realidad. En consecuencia no se podía admitir que a partir de un axioma, como el concepto de acción -una proposición analítica- se pretendiera, por deducción, mediante un discurso de lógica verbal, llegar a proposiciones sintéticas acerca de la realidad sin ningún posterior contraste empírico.

Ante esta situación, su discípulo F. Hayek (1899-1992) se propuso separarse del rígido apriorismo apodíctico de Mises. Con ese fin adoptaría frente a Mises una postura muy parecida a la de Walras frente a Jevons, insistiría en que a partir de la simple consistencia *praxeológica* de un individuo encerrado en su propia subjetividad no se podía explicar el intercambio ni mucho menos el orden social. Para explicar la interacción de los individuos, había que establecer algún tipo de puente entre el equilibrio individual y el general. Hacía falta alguna idea de equilibrio general de la sociedad; aunque por supuesto entendido de modo muy distinto al objetivismo mecanicista con que lo había planteado Walras.

Para Hayek los individuos solo podían estar en equilibrio en el marco de su percepción subjetiva del mundo en el que se desenvuelven. Solo dentro y con referencia a esa marco pueden los hombres trazar sus propios planes de acción. Pero, para Hayek en contraste con Walras, ese marco solo podía ser resultado de la conjunción de los planes intencionales de todos los individuos. De tal modo que ese marco general de acción podrá considerarse de equilibrio cuando las expectativas de los individuos se corresponden con lo que efectivamente sucede a su alrededor, o lo que es lo mismo, cuando sus visiones subjetivas del mundo son esencialmente objetivas y correctas.

Con ese modo de entender el equilibrio pretendía Hayek introducir una dimensión empírica y objetiva a partir de la cual verificar los principios subjetivistas de la *praxeología*. Pero, por encima de ese objetivo metodológico, lo que fundamentalmente quería era proporcionar nuevos y más sólidos argumentos el viejo principio liberal del *laissez faire*, cada vez más desacreditados, que se oponía a la intervención del Estado en la marcha de la economía. Con ese fin se propuso demostrar que en el seno del proceso económico existía en una tendencia empírica al equilibrio.

La primera tentativa que llevó a cabo Hayek para poner de manifiesto la existencia de esa tendencia al equilibrio fue con ocasión de su teoría del ciclo económico. En su opinión, las oscilaciones del ciclo eran manifestación de esa tendencia al equilibrio, que se ponían en marcha cuando era perturbada por perturbaciones externas al sistema. Cómo lo único que con carácter colectivo entrelazaba las decisiones subjetivas de todos los individuos era la moneda, Hayek hizo responsable al comportamiento del crédito como la principal causa de las oscilaciones del ciclo. Todo el razonamiento se basaba en la existencia de una dualidad de economías, una real y otra monetaria, que cuando no coincidían, provocaban distorsiones en el tipo de interés, lo que inducía a tomar decisiones de inversión equivocadas, inducidas por la generación de señales monetarias erróneas. En su opinión no había que hacer nada contra esas oscilaciones, sino esperar que debido a un mecanismo de auto regulación la economía por sí misma volviera al equilibrio. Ese mecanismo era una visión realista, e incluso determinista de la producción, que se controlaba a sí misma y destruía toda la capacidad de producción excesiva que se había creado.

En la génesis de las oscilaciones había –según el esquema de Hayek- una asimetría de información entre empresarios y banqueros. Un problema de desconocimiento -una confusión a la hora de estimar el tipo de interés real- que llevaba a decisiones de inversión equivocadas. Un esquema donde los empresarios aparecen como agentes reactivos, cuyas decisiones dependen de la calidad de la señal recibida, que a su vez depende de la estimación incierta de los banqueros. Según esto, el ciclo tendría más que ver con la dinámica de un proceso que con la estabilidad de un equilibrio. Un proceso que sólo tendería a un equilibrio estacionario si viniera determinado a priori por las preferencias, las técnicas y las dotaciones iniciales de todos los individuos. No tardaría mucho Hayek en darse cuenta de que debía buscar otra vía para explicar la tendencia al equilibrio de la economía que fuera compatible con su idea de un equilibrio surgido de la continua interacción de planes subjetivos de individuos libres y autónomos. Si seguía persistiendo en que la tendencia al equilibrio solo provenir de una dinámica externa objetiva y previsible estaba dando argumentos a los que sostenían que la economía podía y debía ser regulada.

Por eso se propuso elaborar una explicación de una dinámica social que fuese estable pero no previsible.

Puesto que en la génesis del ciclo estaba el problema del conocimiento a partir del cual los agentes sociales tomaban sus decisiones, Hayek se propuso demostrar que puesto esos conocimientos eran tácitos, y dispersos entre una multitud de individuos, resultaba imposible reducirlos a una información objetiva que estuviera al alcance de alguien, de modo que sería imposible la centralización y planificación de la economía. Para Hayek solo la concurrencia, a la que consideraba un proceso de descubrimiento y difusión de conocimientos, que no admitía soluciones matemáticas, era capaz de coordinar los planes de esa multitud de individuos. Solo el libre juego del mercado, algo que se escapa al conocimiento del individuo, podría lograr la coordinación de esos conocimientos difusos y fragmentados. Había sido la ilusión engendrada por los supuestos del constructivismo racionalista la que había llevado a muchos economistas a confiar en la capacidad del entendimiento humano para hacer una representación clara y distinta de algo tan extremadamente complejo como era la interacción entre los individuos.

Pronto llegaría Hayek a la conclusión de que había que poner el acento en la dimensión fuertemente dinámica del proceso de coordinación de los planes de los individuos en el seno de un mundo en continuo cambio. En su opinión el impulso al progreso económico, más que de la división del trabajo tenía su origen en el continuo avance de los conocimientos humanos que provocaba el proceso concurrencial del mercado, fuente esencial de la evolución social, donde a través de la continua modificación de los planes de los individuos se daba solución al complejísimo problema de coordinación de una multitud que se guiaba por un conocimiento provisional parcial y muy disperso entre todos ellos. Como se puede comprobar Hayek, había adoptado un enfoque evolucionista, de modo que la marcha del progreso económico ya no era hacia una situación de equilibrio sino que era algo más parecido a un viaje hacia lo desconocido.

Según este nuevo enfoque el proceso concurrencial del mercado -la *catalaxia*- sería la dinámica no previsible responsable de la tendencia al equilibrio de la economía. No hacía un estado final previsible, sino a una situación no predeterminada, que Hayek a llamaba un "orden espontáneo". La evidencia empírica de la existencia de esta tendencia sería puesta de manifiesto por la eficiencia misma de las fuerzas del mercado para proporcionar bienes, algo que según Hayek- llevaba de modo muy superior a todos los supuestos alternativos. De este modo establecía una equivalencia entre espontaneidad y eficiencia, que enfrentaba a otra equivalencia entre intervención e ineficiencia.

Llegado a este punto de su evolución intelectual Hayek se dio cuenta de que había que situado el proceso social de la génesis del conocimiento en el centro mismo de la economía, por lo que no le quedaba más remedio que proporcionar alguna explicación de como surge y cambia, de qué modo se distribuye entre varias mentes, cómo afecta a la hora de tomar decisión.

Su punto de partida era una multitud de individuos aislados que decidían con incertidumbre, con un conocimiento parcial siempre cambiante, por lo que no estaba

excluida la posibilidad de cometer errores. Hayek se dio cuenta de que para explicar la génesis de un conocimiento difuso pero compartido no le quedaba más remedio que dar entrada en su planteamiento a las instituciones, un concepto que introduciría como algo complementario a su idea del orden espontáneo, de modo que éste último sería algo así como una estructura racional que emerge como consecuencia de la existencia de un entorno institucional concreto.

En otras palabras, se enfrentaba Hayek con la necesidad de elaborar una teoría de la evolución cultural, en el seno de la cual la existencia de una institución vendría justificada por la función que desempeña en el grupo social donde surge, de ese modo el orden espontáneo de cada sociedad no sería resultado de un diseño, sino de la progresiva implantación de las instituciones cada vez más eficientes, que serían consecuencia de un proceso de selección natural.

Planteadas así las cosas quedaba sin explicación la existencia misma de ese proceso de selección natural. Además, se podían explicar los fenómenos espontáneos como el mercado, las reglas culturales, las leyes, pero no los fenómenos deliberados como las empresas y las organizaciones, los cuales, por otro lado, se oponían a la idea de que solo podían ser eficientes los fenómenos espontáneos.

En cualquier caso a la hora de demostrar que los fenómenos espontáneos son más eficientes que los organizados, se tropieza con la ambigüedad de Hayek a la hora de definir la noción de eficiencia, que la define como capacidad de permitir a los individuos llevar adelante sus propios planes de acción. Lo cual supone un enfoque estrictamente individualista, incompatible con una definición de eficiencia que no sea más que una afirmación tautológica.

El lenguaje de las preferencias individuales

Influenciado por el formalismo de la *praxeología* de Mises, así como el emotivismo de Ayer, el economista británico L. Robbins (1898-1984) llegó a la conclusión de que el objeto de la economía solo podía ser “la lógica de la conducta humana destinada a conectar fines con medios escasos, que tienen usos alternativos”. En el bien entendido que el origen y la naturaleza de esos fines y medios quedaba fuera del objeto de estudio de la economía. A cambio, con esta nueva definición de la economía cualquier conducta humana que pudiera reducirse a la conexión lógica entre medios y fines entraría dentro de su objeto de estudio.

En cualquier caso persistía una pregunta inevitable: ¿Cómo podían los individuos realizar una ordenación lógica de sus decisiones? La respuesta de Robbins a esta pregunta, muy parecida a la de Mises, se basaba en la experiencia cotidiana de la toma de decisión por parte de cada individuo, lo cual remite en último término a una concepción subjetivista de la introspección. Estaba dando por supuesto que la estructura de los efectos de las decisiones y el acto de elección era la misma cosa. Lo cual de un modo u otro suponía dar por resuelto el nada sencillo problema de la causalidad de la acción humana, algo que en principio no debería aceptar un partidario de la epistemología de Hume, como era Robbins.

Robbins se daba cuenta de que se enfrentaba con un dilema, o posicionarse junto al escepticismo de Hume o inclinarse por el logicismo de los *neokantianos*. Dicho de otro modo, se veía obligado a elegir entre una motivación dinámica, externa al sujeto, que era la postura del utilitarismo, o dar por supuesto que el sujeto por sí mismo, sin ningún tipo de motivación externa, era capaz de ordenar sus decisiones. Ante esta disyuntiva acabaría por adoptar una postura ecléctica: aceptaba una génesis psicológica de la decisión, pero entendía que debía ser considerada algo así como una “caja negra”, que no había necesidad alguna de abrir a fin de explicar como funcionaba lo que supuestamente había en su interior. En otras palabras, que el criterio que siguiese cada individuo para llevar a cabo la ordenación de sus elecciones no era objeto de estudio de la economía.

En cualquier caso no se podía evitar la siguiente pregunta: ¿por qué razón existía un criterio mediante el cual los individuos podían ordenar sus decisiones? Para Robbins se trataba de algo evidente, formaba parte de la esencia misma del individuo, que por definición era alguien capaz de ordenar sus decisiones de modo consistente. Una postura muy similar a la de Mises, para quien el concepto de acción no necesitaba de algún tipo de justificación, se trataba de un axioma, de una afirmación apodíctica.

Visto desde otra perspectiva, tanto Robbins como Mises afirmaban que cada individuo era capaz por sí mismo de desarrollar un “lenguaje intrínsecamente privado”, de ordenar sus experiencias mentales, emocionales y vitales, con independencia del “lenguaje público” del resto de los hombres. ¿Era posible un lenguaje individual sin un lenguaje común? ¿De donde podría surgir ese insólito lenguaje?

Conviene tener presente que con este modelo de individuo lo que pretendía Robbins era negar la posibilidad de comparaciones “intersubjetivas” de utilidad, y en consecuencia hacer imposible el diseño de recomendaciones de políticas económicas, a partir de las cuales llevar a cabo la planificación e intervención de la economía. Quería dejar claro que la llamada “economía del bienestar” no podía ser otra cosa que un contrasentido; un diseño incompatible con el objetivo de una ciencia económica positiva.

Robbins no parecía ser muy consciente de que su postura representaba una amenaza para la libertad individualista que pretendía defender. Si había tantos usos del lenguaje moral como individuos, los desacuerdos y conflictos morales resultarían inevitables e interminables, y la vida social se haría muy difícil o imposible. Resultaría inevitable imponer un cierto orden en esa gigantesca confusión o, por lo menos, apaciguar los conflictos más violentos. La única solución sería la imposición, más o menos encubierta, del lenguaje privado de unos pocos; los más poderosos.

Si era la presión de la “opinión pública” la que imponía una cierta ordenación colectiva de las actitudes morales de los individuos, se haría necesario explicar como el público era capaz de llegar a un acuerdo, el modo en que se formaba esa opinión. Como no era posible una explicación racional la formación de la opinión pública, ésta sería resultado de la manipulación de los más poderosos; un modo evidente de negar la libertad.

Si la ordenación de las decisiones de un individuo no podían ser estrictamente privadas, sino que estaban condicionadas por los “juegos del lenguaje”, algo esencialmente público, de ningún modo podían ser idiosincrásicas, cerradas sobre ellas mismas. Era precisamente el juego de las comparaciones interpersonales, en el seno de una práctica destinada a la ordenación de fines comunes, el que hacía posible que cada individuo fijara la ordenación de sus propios fines. De tal modo, que las primeras desempeñarían un papel normativo respecto de las segundas.

La economía como técnica de manipulación social

La aparición de la macroeconomía.

Para muchos toda la aportación de Keynes se reducía haber propuesto soluciones a los problemas de la economía a corto plazo, sin renunciar a la idea marshalliana de que a largo plazo la economía tiende a un equilibrio único y estable.

Había desarrollado de técnicas de manipulación social para lograr que la economía no se atascara por los problemas transitorios a corto plazo, había proporcionado instrumentos para dar solución a las “perturbaciones monetarias” transitorias, de modo que fuera posible volver lo más rápidamente posible a la senda del equilibrio con pleno empleo, al que naturalmente tiende la economía en el largo plazo.

Se podría decir que para Keynes la economía era un sistema básicamente estable, pero necesitado de ser manipulado para evitar que pequeños fallos funcionales le impidieran desenvolverse correctamente. De ningún modo hacían falta reformas fundamentales ni cambios drásticos de paradigma. La incertidumbre era algo transitorio pero no un elemento constitutivo de la economía. En otras palabras, para Keynes había un equilibrio subyacente, pero el problema residía en que el capitalismo no permitía alcanzarlo con facilidad.

El economista británico J. Hicks (1904-1989) explicaría la aportación de Keynes como consecuencia de haber detectado un fallo en la teoría hasta entonces dominante de la formación del tipo de interés real. En su lugar había propuesto una nueva teoría monetaria del tipo de interés que obligaba a una nueva explicación de la determinación del nivel de producción y empleo. Se podría decir que, hasta Keynes, la economía había estado situada en un mundo plano, había sido su gran aportación haberse dado cuenta de que en realidad estaba situada en un mundo con relieve, que se había pasado por alto la tercera dimensión, la monetaria, que había podido ser añadida sin necesitar cambiar los supuestos de partida. Esto le llevaría a presentar, en 1937, su famoso modelo IS-LM, que constituye el núcleo de lo que ahora se conoce como “macroeconomía keynesiana”.

Según ese modelo, para la determinación del equilibrio de la economía se podría articular alrededor de la intersección de dos curvas, la IS que expresaría el equilibrio entre el ahorro y la inversión -los términos reales- y la curva LM, que expresaría el equilibrio del mercado monetario -los términos monetarios-. Curvas que estarían representadas en el mismo espacio de dos dimensiones formado por los niveles Y de ingreso y los niveles r de tipo de interés. El

punto de intersección de ambas curvas determinaría una situación de equilibrio real y monetario de la economía, a corto plazo, aunque no necesariamente de pleno empleo.

El objetivo de este nuevo modelo era diseñar políticas económicas a corto plazo, en el supuesto de unos precios fijos, con vistas a compensar las oscilaciones del ciclo económico. En el supuesto, por ejemplo, de una economía estancada y con desempleo, sería posible diseñar una política monetaria o fiscal que moviese las curvas IS o LM hasta lograr un incremento del nivel de producción Y que redujese el desempleo.

La estructura interna del modelo de Hicks, basado en un sistema de ecuaciones simultáneas, ponía de manifiesto que se había eliminado la compleja causalidad dinámica, basada en la incertidumbre intrínseca a la propia interacción de los individuos, algo que desempeñaba un papel fundamental en la visión que Keynes tenía de la economía. En ese modelo no se tenía en cuenta la compleja causalidad que se desarrollaba en el tiempo real, que era lo que estaba detrás del importante concepto de “demanda efectiva”. Se había dejado de lado esa auténtica maraña de retroalimentación de decisiones, imprecisas y fluctuantes, que Keynes consideraba que era imposible formalizar y que constituía como una especie de “agujero negro” situado en el centro mismo del proceso de determinación de las principales magnitudes económicas. En el modelo de Hicks todo eso había desaparecido y la economía se comportaba como un simple mecanismo regido por una causalidad determinista.

Hicks estaba convencido de que era posible formalizar ese complejo circuito de retroalimentación entre moneda y bienes reales, o que el comportamiento del mercado de bienes y el de moneda se podían considerar sincrónicos. De un golpe, había suprimido la incertidumbre intrínseca de la economía, la “endogenidad” de la moneda, la naturaleza fluctuante de la inversión, y la referencia al “mundo tal como es”, tan propia del modo de pensar de Keynes. De ese modo había desaparecido por completo la complejidad del proceso de determinación de la inversión, clave para entender como en el seno de una economía monetaria se determinaba el nivel de empleo y producción. En el modelo IS-LM la indeterminación fundamental había vuelto a situarse en la fijación del nivel de los precios, con lo que el intercambio había vuelto a ocupar el centro del estudio de la economía.

La simplicidad formal del modelo, la estructura mecanicista de la relación entre las variables agregadas, y su supuesta validez universal, hizo que el modelo IS-LM pronto fuera convertido en “lo esencial del pensamiento de Keynes”, alcanzado un éxito generalizado en los ambientes políticos y académicos. En poco tiempo sería erigido en el instrumento básico para la enseñanza de la economía, en el esquema imprescindible para el diseño de políticas económicas anticíclicas que pronto seguirían casi todos los gobiernos de la postguerra. En apariencia ese modelo ponía a disposición de los gobiernos un poderoso instrumento para intervenir en la marcha de la economía, a fin de asegurar el bienestar de la sociedad civil, cosa que hasta entonces ni se había admitido ni se consideraba posible. Algo que por otro lado fue aprovechado para aumentar la influencia y el prestigio social y político de los economistas.

Para la aplicación del modelo IS-LM, para el diseño de políticas económicas se necesitaba de una mayor y mejor información estadística sobre las variables más relevantes del comportamiento de la economía a corto y largo plazo. Se hacía imprescindible disponer de datos fiables y recientes del nivel de precios y de sus tendencias, del nivel de consumo y su tendencia, del nivel de desempleo y su tendencia, etc. Esto hizo que en pocos años se diera un fuerte impulso a los servicios oficiales de estadísticas de casi todos los países, poniendo en marcha o mejorando de las estadísticas económicas. Al mismo tiempo, en el plano teórico, también se daría un notable impulso el desarrollo los métodos estadísticos y modelos econométricos, que permitieran manejar esos datos con vista a determinar con mayor rigor las variables macroeconómicas esenciales del modelo IS-LM, como la “propensión marginal” al consumo, la “preferencia por la liquidez”, la “eficiencia marginal del capital”, etc.

La aparición de la econometría.

La conjunción de todos estos factores hizo que se extendiese cada vez más la idea de que economía era una ciencia empírica, lo cual por otro lado reforzaría aún más su creciente prestigio social y político. A partir de la década de los cincuenta, con la finalidad de utilizarlos como laboratorios donde diseñar y poner a prueba las posibles políticas económicas, se empezaron a construir grandes modelos econométricos en casi todos los países más avanzados. Un planteamiento de la economía que recibiría el apoyo entusiasta de los economistas más influidos por una vulgar filosofía emotivista, según la cual para enfrentarse con los problemas de la realidad social bastaban los “hechos sin teoría”. Con la experiencia acumulada y la “habilidad creativa para diseñar experimentos” se podían crear modelos econométricos que explicasen como se podían suponer relacionadas las principales macrovariables de una economía.

Muy pronto se plantearía el llamado problema de “identificación”, es decir, ¿qué criterio había que seguir a la hora de identificar las causas de los problemas que se pretendían estudiar? ¿Era necesario suponer algunas estructuras teóricas a la hora de explicar los errores cometidos en el diseño y aplicación de las políticas económicas?

En el campo de las ciencias experimentales hacía mucho tiempo que ese problema había dado lugar al desarrollo la teoría de la medición. Así, en Astronomía, por ejemplo, para explicar los errores de medición se recurría a un modelo teórico del Universo que servía de contraste entre lo calculado y lo observado. En una ciencia no determinista como la biología se había recurrido a comparar los experimentos donde se habían introducidos modificaciones, con una situación de referencia o “experimento de control” donde se mantenían las condiciones iniciales. En ambos casos cabía la posibilidad de repetir las mediciones, ya que se suponía la existencia de una realidad independiente de las observaciones. En el caso de la economía el problema era mucho más complejo ya que los resultados observados no podían considerarse repeticiones de una misma realidad subyacente, sino que constituían una sucesión -“series de tiempo”- de datos generados por una realidad que quedaba alterada de modo irreversible a causa de las acciones políticas introducidas. No bastaba con la simple correlación, como en la teoría de medición de las ciencias naturales, para establecer la estructura real de la causalidad.

A la vista de estos problemas, el economista noruego T. Haavelmo (1904-1989) propuso asignar el papel de “experimento de control” a algún tipo de esquema teórico provisional, que sirviera para identificar los factores causales que en principio se consideraban más relevantes en el diseño de una determinada política. Un esquema que se podría tomar como representación aproximada del comportamiento del supuesto “agente oculto” que generaba los datos observados.

El ejemplo paradigmático de los riesgos en que se puede incurrir con la práctica de ese tipo de econometría fue lo sucedido con las diversas interpretaciones de las llamadas “curvas de Phillips” (1958). A pesar del indudable éxito del modelo IS-LM para diseñar políticas de estimulación de la demanda que llevaran la economía hacia una situación de pleno empleo, tenía una importante limitación; no permitía estudiar las repercusiones que ese tipo de políticas podían tener sobre la tasa de inflación. Esta dificultad pareció que podía quedar superada cuando el economista neozelandés A. W. Phillips (1914-1975) publicó las conclusiones de su investigación sobre la relación entre la tasa de desempleo y la tasa de salarios nominales, a partir de los datos de varios países.

Su punto de partida fue un esquema teórico muy simple. Cuanto más saturado estuviese el mercado de trabajo, más tendrían que subir los salarios, tanto si los empresarios deseaban conseguir nuevos obreros, como retener a los ya empleados. En segundo lugar, supuso que esa relación tenía que ser no lineal. Y por último, supuso que serían distintas según se considerara a corto o a largo plazo. A partir de estos supuestos, y de los datos estadísticos obtenidos para un país, en un período de tiempo de unos cien años, comprobó que esa relación se ajustaba a la rama de una parábola y que parecía bastante estable. Llegó entonces a la conclusión de que se podía afirmar que existía una relación inversa, a largo plazo, y a posteriori, entre la tasa de cambio de los salarios y la tasa de desempleo. En otras palabras, que desde el punto de vista del diseño de políticas económicas existía una posibilidad de intercambio entre el nivel de desempleo y el de inflación, que podría ser manejada a conveniencia. El éxito fue inmediato. En el período comprendido entre los años 1960 y 1970, estas curvas fueron consideradas algo así como la “ecuación perdida” del modelo IS-LM, el instrumento básico para controlar el uso adecuado de las políticas de impulso a la demanda.

Bibliografía.

Brandt, Richard B. *The emotive Theory of Ethics*. The Philosophical Review. 1950; 59(3):305-318.

Caldwell, Bruce J. *Hayek's challenge: intellectual biography of F.A. Hayek*. Chicago: University of Chicago Press; 2004.

Encino, Alvaro. *ISLM A Final Rejection*. En Rossi, Sergio and Rocha, Louis Philippe, editores. *Modern Theories of Money. The Nature and Role of Money in Capitalist Economies*. Edward Elgar; 2003; p. 295.

Coates, John. *The Claims of Common Sense. Moore, Wittgenstein, Keynes and the Social Science*. Cambridge: Cambridge University Press; 1996.

Crespo, Ricardo. *El pensamiento filosófico de Keynes. Descubrir la melodía*. Madrid: Eiuusa; 2005.

Davis, John B., editor. *The State of Interpretation of Keynes*. Kluwer Academic Press. 1994.

Dillard, Dudley. *A Monetary Theory of Production: Keynes and Institutionalists*. Journal of Economic Issues. 1980; 14(2):255-274.

Endres, A. M. *Menger, Wiesser, Böhm-Bawerk and the Analysis of Economic Behavior*. History of Political Economy. 1991; vol 23 no 2

Fitzgibbons, Athol. *Keynes Vision. A New Political Economy*. Oxford. Clarendon Press. 1988

Gloria-Palermo, Sandye. *Continuité dans la pensée hayekienne. Une résistance planifiée contre l'interventionnisme*. Recherches Économiques de Louvain. 2002, 83, 3, 313-333.

Hands, D. Wade. *Economic and Philosophy: the origins and development of economic theory*. Gainesville. University Press of Florida. 1974.

Hands, D. Wade. *Keynes, Bloomsbury and The General Theory*. New York: St Martin's Press; 1991.

Henry, John F. *Keynes' Economic Program, Social Institutions, Ideology and Property Rights*. Journal-of-Economic-Issues. 2001. 35(3) 633-655.

Hicks, John Richard. *IS-LM: an explanation*. Journal of Post Keynesian Economics. 1980. 3:139-154.

Hoover. Kevin D. *Microfoundations and the Ontology of Macroeconomics*. Durham NC: Duke; 2006.

Hoover. Kevin D. *The Methodology of Econometrics*. Davis, California; 2005.

Johnson, Harry G. *The General Theory after Twenty Five Years*. American Economic Review Papers and Proceedings. 1961. 51:1-25.

Lavialle, Christophe. *L'épistémologie de Keynes et 'l'hypothèse Wittgenstein': La Cohérence Logique de la Théorie Générale de L'emploi, de L'intérêt et de la Monnaie*. Cahiers D'Economie Politique. 2001. (38) 25-63.

Meltzer, Allan H. *Keynes's Monetary Theory: A Different Interpretation*. Cambridge: Cambridge University Press. 1990.

Minsky, Hyman P. *John Maynard Keynes*. New York. Columbia University Press. 1975

Patinkin, Don. *Keynes's Monetary Thought: A Study of its Development*. History of Political Economy. 1976. 8 .

Runde, Jochen. *Keynesian uncertainty and liquidity preference*. Cambridge Journal of Economics. 1994; 18:129-144.

Tribe, Keith. *Strategies of Economic Order. German Economic Discourse 1750-1950*. Cambridge. Cambridge University Press. 1995.

Tsiang, S. C. *Keynes's Finance demand for liquidity, Robertson's loanable funds theory, and Friedman's monetarism*. Quarterly Journal of Economics. 1980: 24(3):467-491.

Tymoigne, Eric. *Minsky and Economic Policy: "Keynesianism" All Over Again?* New York: The Levy Economic Institute. Bard College. 2008.

Wray, L Randall. *Keynes's approach to money: An Assesment after 70 years*. Atlantic Economic Journal. 2006: 34(2):183-193.

Wray, L Randall. *The Continuing Legacy of John Maynard Keynes*. Missouri.2007.

Young, Warren. *Interpreting Mr. Keynes. The IS-LM enigma*. Cambridge. Polity Press; 1987.
Reference List